

ASUNTOS DE FAMILIA

De rey de la casa a tirano. De objeto de adoración de los padres a déspota, chantajista y, en el peor de los casos, agresor. Un mal de nuestro tiempo que cada día preocupa más a padres y educadores. No en vano **el conflicto suele empezar en el hogar, pero muy a menudo continúa en clase.** Hasta un 30 por ciento de los alumnos ha sido en alguna ocasión agredido o agresor

Cuando el niño es un tirano

¿QUÉ HACEMOS MAL?

POR JORDI SASOT LLEVADOT | PSIQUIATRA INFANTIL Y JUVENIL, CENTRO MÉDICO TEKNON, BARCELONA

¿Es posible que un niño o un adolescente tiranice a su familia? ¿Existen los tiranos infantiles? ¿Nacen o se hacen? ¿Por qué ocurre?

Lo podríamos plantear mediante muchas preguntas, pero... ¿Qué hacemos mal?

Todos estos pequeños existen, muchos los hacemos, pero también otros nacen. Es decir, hay niños que presentan trastornos neurobiológicos que justifican ciertas alteraciones del comportamiento. Un ejemplo son aquellos que presentan un trastorno de conducta negativista desafiante. Son niños hostiles y provocadores que buscan fácilmente el desafío, indignándose cuando se les llama la atención. Fácilmente coléricos, acostumbran a ser rencorosos y crueles con sus semejantes, a los que someten y tiranizan. Algunos de estos pequeños evolucionan a partir de los doce años de edad a un trastorno de conducta disocial, convirtiéndose en adolescentes que agraden a personas o animales, destruyen la propiedad, roban o violan gravemente las normas de convivencia social.

Increíblemente los padres de estos niños se sienten fácilmente responsables de unos comportamientos que en absoluto son fruto de su educación. La sociedad por otro lado les critica, ajena a la causa del problema. Son pacientes psiquiátricos sin ninguna duda.

Regresemos a «los otros», que son mayoría, desde luego.

La sociedad adolece en dos grandes aspectos: la falta de tiempo educativo y el desconocimiento del papel de padres.

No siempre ocurre pero cuando hay poco tiempo para educar y convivir con los hijos la calidad de la capacidad de observación y comunicación disminuye en forma alarmante, con lo que el desconocimiento del propio hijo facilita las dudas y el miedo a equivocarse y por qué no, genera un sentimiento de culpa que fácilmente conduce a la sobreprotección.

En la práctica educativa hay también padres que por falta de tiempo necesitan hijos «perfectos», no aceptan los problemas del «día a día» y delegan las soluciones.

Son también muchos los padres que desconocen su papel. ¡Ojalá! También voluntariamente, no me refiero sólo a padres sin criterio educativo fruto de una interminable adolescencia, sino a padres, aparentemente adultos, que dimiten ante sus responsabilidades.

Ante estas perspectivas, muchos de estos niños y adolescentes crecen desconociendo el desarrollo de una adecuada capacidad de frustración. La disciplina no es su compañera de viaje, los límites, las normas, incluso el respeto tampoco. Cruelmente van imponiéndose, tiranizando su entorno, con la necesidad que genera una deuda pendiente, la de su formación.

Zafarse, en educación, siempre genera conflictos. Negar evidencias es un simple mecanismo de defensa. Alcanzar soluciones requiere tiempo, afecto, disciplina y recursos.

Razonar el problema también es útil, pero insuficiente.